

»El Papa entró luego en la agonía, y recibió la bendición pontificia, que se acostumbra dar en el artículo de la muerte, falleciendo á la una y media de la noche del 28 al 29 de Agosto, día de San Agustin, á la edad de ochenta y un años, ocho meses y dos dias, despues de un pontificado (el mas largo de todos, excepto el de San Pedro), de veinte y cuatro años, seis meses y catorce dias.

»Pio VI, era admirable por sus virtudes, y un príncipe generoso y magnánimo, digno de mejor suerte.»



LIBRO X
EL SIGLO DE NAPOLEON.

LIBRO X

EL SIGLO DE NAPOLEON.

SUMARIO

Pio VII y Napoleon I.—Leon XII.—Pio VIII.—Gregorio XVI—Pio IX y Victor Manuel.—Leon XIII.

I.

Muerto Pio VI y atendidas sus acertadas determinaciones segun las cuales, para darle un sucesor, se podía constituir el cónclave en cualquier lugar seguro, los cardenales resolvieron congregarse en Venecia, á donde en efecto concurrieron treinta y cinco, vencidas algunas dificultades que se ofrecieron para este paso. El cónclave se instaló en un monasterio de benedictinos unido á la Iglesia de San Jorge de dicha ciudad, á 1.º de Diciembre del año de 1799.

No nos proponemos entrar en especialidades sobre lo acaecido en esta importante asamblea. Varios cardenales eran favorecidos con votos para la suprema dignidad que se trataba de proveer. El sabio y virtuoso Chiamonti, en quien al fin recayó la eleccion, parecia enteramente olvidado. Momentos hubo en que se creyó decidido el advenimiento al papado del cardenal Bellisomi, favorecido desde el principio por casi las dos terceras partes de los votos; pero este candidato habia llegado á perder una buena parte de los sufragios que tan constantes concurrieran en su favor.

Cansadas en tal estado las fuerzas de las diferentes fracciones que en la votacion luchaban, el prelado Consalvi, hombre de superior talento, secretario del cónclave, creyó llegado el caso de interponer su valimiento en el sentido que la conciencia le dictaba, aunque sin la menor escitacion del que habia de resultar favore-

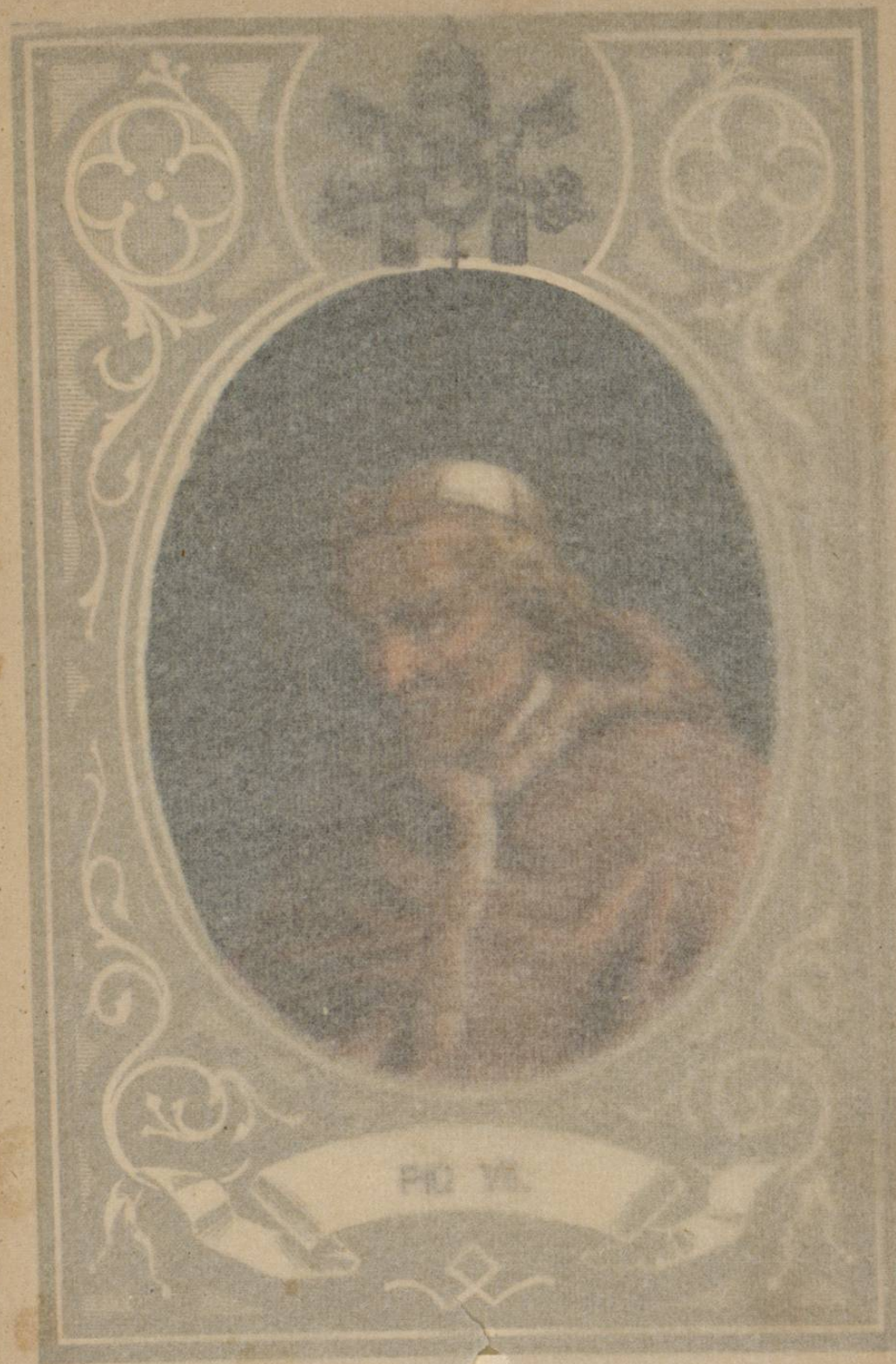
cido por sus recomendaciones. Consalvi se persuadió de que ninguna eleccion ofrecia menores inconvenientes y á la par mayores ventajas para la Religion, que la del humilde cardenal de Imola. Manifestó á este su pensamiento; y le costó trabajo reducirle á que se resignase á dejarle obrar en los términos que sus convicciones le prescribian. Al fin Chiaramonti se resolvió á aceptar la propuesta de Consalvi, bien que negándose decididamente á dar ni un solo paso que se encaminase á su exaltacion al trono pontificio. Autorizado con esta aquiescencia el diestro secretario, muy pronto logró atraer á su partido una gran mayoría de los vocales del cónclave: y he aqui el brillante resultado que sus diligencias obtuvieron.

»El 14 de Marzo de 1800, dice el historiador Mr. Artaud, concurrióse á la votacion, segun es de práctica hacerlo dos veces al dia. El noble y piadoso sentimiento que tarde ó temprano lleva á los cardenales á lo que es verdadero, sabio, útil y necesario, era preciso que triunfase: venerado era el nombre del candidato; este cardenal amable y afectuoso hallábase en presencia de sus colegas, turbado en medio de tanta gloria, aterrado en vista del honor que mostraban dispensarle, temblando mas que el que teme perder el fruto de una bajeza, dispuesto todavia á congratularse con cualquiera que le anunciase que no se consentia en aceptar su sacrificio. Los escrutinios publicados en medio del silencio mas imponente, unánimes están, á escepcion de un solo voto (el del monge benedictino): el cardenal Chiaramonti resulta elegido Papa á los ciento cuatro dias de cónclave; y declara que toma el nombre de Pio VII, agradecido á la proteccion que le dispensára Pio VI su bienhechor.»

El nuevo Pontífice manifestó desde luego su aprecio á Consalvi, nombrándole secretario de Estado interino y ofreciendole un capelo.

El Austria se resintió algun tanto por la eleccion de Pontífice, que no esperaba hubiese recaido en Chiaramonti; asi que se negó á que fuese coronado en la iglesia de San Marcos, célebre en Venecia. La ceremonia, pues, se verificó en la indicada de San Jorge.

A los dos meses de su ascenso al pontificado, en 15 de Mayo, Pio VII publicó una notable encíclica dirigida á todos los obispos



por sus recomendaciones. Consalvi se persuadió de que ninguna elección ofrecía tantos inconvenientes y á la par mayores ventajas para la Iglesia, como la del humilde cardinal de Imola. Manifestó á su vez sus dificultades y le costó trabajo reducirle á que se resignase á aceptar el pontificado en los términos que sus convicciones le presentaban. Al fin, después de un largo tiempo, resolvió á aceptar la propuesta de Consalvi. Pero no se decidió á dar ni un solo paso que se acercase al trono pontificio. Autorizado por el papa como secretario, muy pronto logró atraer á su partido á los cardenales de los vocales del cónclave; y los votos de los cardenales, por sus diligencias obtuvieron.

«El 14 de Mayo de 1800, el ministro Mr. Artaud, concurrió á la sesión para elegir al papa. Se acordó hacerle dos veces al día. El nombre y apellido del candidato que se acordó llevar á los cardenales, era el de un cardenal sabio, útil y necesario, era preciso que se acordase en el nombre del candidato; este cardenal acordó, y se acordó en presencia de sus colegas, cuando un nombre de este género, aterrado en vista del honor que se acordaba, se acordó más que el que teme perder el honor de ser papa, se acordó á congratularse con cualquier nombre que se acordase. Este cardenal se acordó en aceptar su sacrificio. Este cardenal se acordó en aceptar el sacrificio más importante, aceptado por el papa, se acordó en aceptar el nombre del monje Benedetto. Este cardenal se acordó en aceptar el nombre de Pío VII, agradeciendo á su predecesor que se acordara Pío VI su bienhechor.»

El nuevo Pontífice movió su aprecio á Consalvi nombrándole secretario de Estado, secretario y ofreciéndole un capelo.

El Austria se resistió algún tiempo por la coronación de Pontífice, que no esperaba ver coronado en Ultramar, así que se negó á que fuese coronado en la iglesia de San Marco, celebre en Venecia. La coronación, pues, se realizó en la catedral de San Jorge.

A los dos meses de su elección al pontificado, en 15 de Mayo, Pío VII publicó una admirable bula dirigida á todos los obispos



católicos, que empieza: *Diu satis videmur*: encíclica en la cual, despues de tributar altos elogios á la firmeza y constancia de Pio VI, víctima de las mas atroces persecuciones por haber conservado íntegro el depósito que la Iglesia le confiara, se prevenia á los prelados que cuidasen de no conferir cargo alguno eclesiástico sino á personas bien probadas y de las cuales constase que ofrecian al efecto las garantías que exigen los cánones, y que pusiesen el mayor esmero en la buena educacion de la adolescencia. Además Su Santidad encargaba á los obispos, refiriéndose al despojo que en sus bienes habia sufrido la Iglesia, «que procurasen grabar en todos los entendimientos y corazones la verdad de un modo terminante definida en el concilio de Aquisgran; á saber, que el que usurpa la parte que los fieles desmembraron espontáneamente de sus patrimonios para consagrarla en obsequio de Dios, para el decoro de su Iglesia, para ocurrir á las necesidades de sus ministros y para sufragios por las almas, hace servir las dádivas ajenas para su propia perdicion:» protestando el ilustre Papa «que no reclamaba los bienes de la Iglesia consultando intereses materiales, sino por temor al juicio de Dios.»

Permanecia, pues, en Venecia el nuevo Pontífice, en cierto modo prisionero; en el monasterio donde habia tenido lugar su eleccion. Era grande su recogimiento, y su porte tan sencillo como el de un monge particular. Tratóse de hacer que se fijase en aquella poblacion; y mas adelante se concibió el proyecto de obligarle á residir en Viena. Pero al fin el Austria, que ocupaba á Venecia, no fué dueña de oponerse á la traslacion del Papa, ni formó en ello empeño; el ejército de Bonaparte, nombrado ya primer Cónsul, habia hecho un movimiento hácia Milan; y el emperador de Alemania mostrábase contento con la eleccion de Chiaramonti: así que fué á este permitido instalarse en Roma. Con tal direccion salió el 6 de Junio en una fragata austriaca de la cual desembarcó en Pésaro; el 21 entraba el Papa en Ancona, donde fué objeto de los mayores obsequios, como en todo su transito; y el 3 de Julio habia llegado Pio VII al término de su viage. Un arco triunfal le recibió antes de entrar en la famosa calle *del Corso*, y el entusiasmo fué general en la gran ciudad.

Guarnecian esta tropas napolitanas, habiendo ocho meses antes

capitulado el general Garnier y los republicanos del país. Duro se hacia á los napolitanos restituir al Papa las posesiones que decian haberle reconquistado; sin embargo, no se atrevieron á manifestar disgusto por la llegada de Su Santidad, y le hicieron los honores como á soberano; sin dejar por ello de mantenerse en Benevento y en Ponte-Corvo, provincias de los estados pontificios enclavadas en los de Nápoles. Tropas austriacas continuaban ocupando las tres legaciones.

Establecido en Roma Pio VII, su plan de gobierno fué conciliar los ánimos discordes, y derramar sobre sus súbditos cuantos beneficios le fuese dable. Su bula *Post diuturnas* tenia por objeto corregir muchos abusos de la administracion, que no pudo estirpar á su placer el bondadoso legislador. Poco despues adoptaba una medida que cedió en gran provecho de las clases pobres. El papel moneda habia desaparecido bajo la república; pero circulaba gran cantidad de mala moneda (*moneta erosa*) de pésima ley: con ella se pagaba al par; pero seis escudos romanos de la misma solo valian tres de buen metálico. Estrájose, pues, del comercio toda esta moneda, sacrificando el tesoro público en la operacion millon y medio de escudos.

Para realizar estas y otras reformas, el papa habia creado congregaciones compuestas de personajes respetables, á quienes cometió los encargos de promover sin violencia el restablecimiento del antiguo gobierno, del régimen interior del palacio apostólico y demas asuntos dignos de especial atencion; hallándose una de ellas constituida para examinar detenidamente las adquisiciones de bienes eclesiásticos verificadas durante la revolucion, é informar acerca de ellas en derecho.

Para que las negociaciones pudiesen ser seguidas en Roma por un individuo del sacro colegio, Consalvi fué promovido al capelo con fecha del 10 de Agosto.

Monseñor Spina, arzobispo de Corinto, que habia acompañado al Pontífice Pio VI en su destierro de Valencia hasta el instante de su muerte, recibió el encargo de tratar este asunto en Paris. El Santo Padre, por Breve de 13 de Setiembre, anunció á todos los obispos franceses las halagüeñas esperanzas que le hacian concebir las buenas disposiciones manifestadas por Bonaparte. Formalizóse

con efecto la propuesta de un Concordato; y en Marzo de 1801 el primer Cónsul hizo pasar á Roma en calidad de ministro plenipotenciario, bien que sin credenciales, á Mr. Cacault, diplomático entendido, que habiendo llegado á Roma el 8 de Abril, desde luego fué presentado al Papa por Consalvi.

Las negociaciones marcharon al principio con celeridad; pero vinieron á entorpecerlas varias intrigas estrangeras que no hay necesidad de referir. Noticioso de ellas el gabinete de Paris, intimó á Mr. Cacault que se retirase á Florencia, al lado del general en jefe Murat, si en el término de tres dia no se firmaba el Concordato proyectado en la capital de Francia, y cuyos artículos se discutian en las dos Córtes contratantes segun las convenciones del mismo Cacault con el gobierno pontificio.

Mr. Cacault obedeció la orden de pasar á Florencia, dejando en Roma á su secretario; pero á la vez sugirió al Papa la idea de que Consalvi pasase á Paris á concluir con el primer Cónsul el Concordato que con tan escesiva premura se trataba de terminar. El Pontífice accedió, aunque con sentimiento, á separarse de su apreciado ministro que al momento tomó el camino en una silla de posta, yendo acompañado de Cacault hasta Florencia. Durante esta ausencia reemplazó á Consalvi con el título de prosecretario de Estado, el Cardenal José Doria.

Consalvi, á su llegada á Paris, desde luego se presentó al primer Cónsul. Hablóse del Concordato. Significáronse al Cardenal proyectos atrevidos, proyectos casi protestantes como dice un autor; pero fueron modificados en términos que el ministro de la Santa Sede creyó admisibles; y en uso de las amplias facultades que del Papa tenia, concluyó el Concordato de 1801 con el gobierno francés. El tratado definitivo fué seriamente estudiado por el primer Cónsul, que le aprobó con sus dos colegas; y estendióse en artículos que vertió del francés al latin el inteligente Padre Caselli.

He aqui el testo de esta célebre convencion, que es sin duda uno de los actos mas trascendentales en el pontificado de Pio VII.

«Su Santidad el Sumo Pontífice Pio VII, y el primer Cónsul de la república de Francia, nombraron por plenipotenciarios:

«S. S. al Emmo. Sr. Hércules Consalvi, Cardenal de la S. I. R.